

Estampas

A propósito de una dedicatoria de Persiles

= Colaboración directa =

La dedicatoria que nos hace Persiles de uno de sus comentarios de buen humor y agudeza lleva alegre nuestra reflexión a las páginas del deán Swift. Esta vez es para subrayar en ellas lo que podría ser la guía del hombre que quiere servir modestamente a su patria. "La verdad, la justicia, la moderación y sus semejantes residen en todos los hombres, y la práctica de estas virtudes, asistidas por la experiencia y una recta intención, capacitan a cualquier hombre para el servicio de su país". Guía y no programa, porque lo primero trabaja en el espíritu y crea la obra imperecedera, lo segundo moldea fachadas, vistosas, deslumbrantes, pero sin consistencia para perdurar.

Somos el tipo de hombre que necesita la guía y no el programa para servir a su país. Las *Estampas* le han dado a Persiles la idea generosa de que hay en nosotros virilidad levantada y apasionamiento fogoso. Pues es esa nuestra aspiración. La actitud de nuestra conciencia ante los negocios públicos está determinada por el ideario que nos guía y nos afianza en el puesto de servidores modestos de la patria. Queremos contribuir a que la verdad, la justicia, la moderación, virtudes de la guía del deán, despierten y vuelvan vigilante la vida del costarricense. Por lo pronto cuidamos de que prendan en nuestra propia vida. No nos creemos influidos de una misión docente y cuando decimos recio que el medio es indiferente y tiende a volverse páramo, más que señalar lo de afuera, estamos con los ojos puestos en nuestro propio interior. La gran tragedia para el que anhela servir a su país está en las limitaciones de su vida. Hablamos desde luego del hombre sin preocupaciones por realizar

grandes empresas de mando. Pensamos en los seres sencillos. De esa sencillez creemos estar formados.

Es duro darse cuenta de que estamos metidos en una raigambre de tremendas limitaciones. Cuando tratamos de librarnos es cuando dejamos oír la voz llena de virilidad y apasionamiento. Pero cómo cuesta resolverse a dar la batalla. Por fin empezamos y pareciera ya listo todo para no retroceder. Sin embargo, la prisión retiene y no es fácil que ceda. La indiferencia de que acusamos al medio es la que está extendiéndose en nuestro interior. ¿Por qué, si estamos haciendo la obra que consideramos honrada para servir modestamente al país, no la hacemos llenos de fe, sin buscar la aprobación común? Es que la flaqueza la tenemos sustentando esa obra y vacilamos y acusamos cuando debíamos acusarnos. No conocemos, no hemos podido desarrollar la capacidad de sacrificio. En esa tragedia vivimos.

El medio no existe cuando en verdad hemos vencido las limitaciones propias. Se trabaja sin mirar lo de afuera. Se hace la obra obedeciendo la inspiración de un ideario incommovible. Pero para la adquisición de ese ideario es imprescindible la guía. Por eso subrayamos los párrafos de Swift. La vida nacional queremos verla a través de un ideario de verdad, de justicia, de moderación. También queremos que otros hombres la vean del mismo modo. Hombres resueltos, austeros, dispuestos a difundir un concepto nuevo de la administración de los negocios públicos. No es por odio, ni por petulancia desbordada por lo que condenamos la rutina, le regresión en que quiere que viva el país un grupo de gentes ambiciosas y de cultura rezagada.

Es por anhelo de que desaparezcan regimenes viciados. La gente nueva debe dar pruebas de que sabe gobernar con otra sabiduría. Debe hacer sentir que el mundo está influido de progresos sin los cuales no puede ningún país aspirar a vivir noble y libremente. Debe preparar el advenimiento de otras generaciones en quienes el amor por la cultura las liberte de la servidumbre en que han vivido y van viviendo las de nuestra época.

Hay que dar a cada hombre, a cada mujer una guía para que desarrolle su vida en el servicio de la patria. No hay que formular programas. La obra grande se hace en silencio. Con una guía el espíritu se fecunda y crea la patria. En esta aspiración se nutre nuestra vida. Por eso al aludir a la dedicatoria de *Persiles*, le damos cita en Swift y extraemos de su rica ideología el jugo inspirador. Somos viriles, somos apasionados, porque estamos en la batalla tremenda contra nuestras propias limitaciones. A veces creemos que hemos sucumbido y ya sentimos el olor funeral. Por eso la reacción es estruendosa y clamamos contra la indiferencia del medio exterior. Tenemos que defendernos con heroicidad para no menguar las aspiraciones de nuestra propia vida. Los negocios públicos están allí para que todos los examinemos y digamos nuestro parecer veraz y justo. Y sin embargo, cómo nos agazapamos para dejarlos pasar. La comodidad nos rezonga y nos domestica. Metido en sus halagos dejamos que pasen para el país sus problemas en medio de la mayor indiferencia. Cuando queremos justificar nuestra falta de valor para discutir y condenar, volvemos la queja contra el medio. ¿Para qué luchar, para qué hablar? Así razona el que está desfalleciendo precisamente por falta de valor, por ausencia de fuerza dentro de su corazón. A nosotros nos toca a menudo revelarnos contra la muerte de nuestro ideario. Es allí, en esos instantes

Brujas de Flandes

— Envío del autor —

*Vivo en Brujas de Flandes, góticos mis espejos
de luz recién nacida, góticas mis ventanas,
por donde, como estrella que se asoma de lejos,
se ven todas las cosas dormidas y lejanas.*

*Como si no pasaran, van pasando las horas,
en una silenciosa nostalgia de beguinas,
y s'oyen apagadas, marchitas, incoloras,
las voces de los hombres, las palabras caninas,*

*d'aquellos que rasgaron con filosos puñales,
mi túnica, gritando: ¡corrumpido, ladrón;
ahora sólo s'oye la voz de los canales
y, tierra, mar y cielo, canta mi corazón,*

*a tres voces, la misa gregoriana del mundo.
Rodenbach y Verhaeren de mi recolección
de maestros, gotean el silencio profundo
de Brujas, en la copa menor de mi canción.*

*Hansumemlinck, con sus ojos párvulos, nos enseña,
la ciencia de las brevas minúsculas. La vida
es grande, si decimos, hasta la más pequeña
palabra, con silencios de gracia florecida.*

*El silencio, librea de todos mis hermanos,
en mi libro Caminos, aquí está ciertamente,
lo veo con mis ojos, lo toco con mis manos
y rico de nostalgias, voy silenciosamente,*

*rezando: Jesús mío, sólo Tú, sabes cuáles
palabras, al oírse, suspiran los oídos
y brincan jubilosos, como en los manantiales,
los ciervos, cuando vuelven por la sed perseguidos.*

*Vivo en Brujas de Flandes, góticos mis espejos
de luz recién nacida, góticas mis ventanas,
por donde, como estrella que se asoma de lejos,
se ven todas las cosas dormidas y lejanas.*

A. H. Pallais

Brujas de Flandes, agosto 26 de 1930.